

ENTREVISTA A ANDRES OPPENHEIMER

Andrés Oppenheimer es uno de los periodistas hispanos más influyentes dentro del mundo de la comunicación en Estados Unidos. Está cargado de premios prestigiosos, como el Pulitzer y el Ortega y Gasset, concedidos en 1987 y 1993, respectivamente. A finales de mayo estuvo en República Dominicana y disertó en la Universidad Iberoamericana (UNIBE).

Entre otros puntos trató uno de los temas álgidos de nuestro tiempo: la competitividad y el desarrollo.

En su última obra “Cuentos chinos: el engaño de Washington, la mentira populista y la esperanza de América Latina” una de las tesis que usted propone es que no hay gobiernos de derecha, centro o izquierda, sino países competitivos que atraen inversión y países que alejan esa inversión. En el caso latinoamericano, ¿se podría decir que es un mal lugar para invertir, en sentido general?

En ese contexto, si miras las cifras de inversiones hace 30 años, el 60 por ciento de la inversión mundial que iba a los países en desarrollo llegaba a América Latina. El 35 por ciento iba a Asia. Hoy día es exactamente al revés.

Los asiáticos, tanto los capitalistas como los comunistas, están poniéndole alfombras rojas a las inversiones, mientras que nosotros en muchos de nuestros países estamos con un lenguaje hostil hacia las inversiones, cuando está clarísimo que puedes crecer de dos maneras: atrayendo inversiones para crear nuevas empresas y generar empleos, o pedir préstamos al Banco Mundial o al Fondo Monetario Internacional; y ya sabemos en que termina eso.

Entonces, la gran pregunta es ¿si hasta los comunistas chinos están atrayendo inversiones, por qué no vamos a atraer inversiones nosotros? Esa es quizá una de las cosas que más me impactó en China Comunista, que tienen un lenguaje, un discurso y una práctica mucho más capitalista de la que tenemos los países supuestamente capitalistas de América Latina. Otra de las ideas de su libro que llama la atención es la manera en que usted identifica a China y algunos otros países asiáticos, e incluso de Europa del Este, como países que miran al futuro, en contraposición a la mayor parte de Latinoamérica que, según considera, mira al pasado.

Nosotros estamos demasiados atados y obsesionados con nuestra historia y nuestro presente, y poco enfocados hacia el futuro. Por eso uso en el libro la frase de “autismo económico”. Nosotros sufrimos de “autismo económico”. Nos estamos mirando el ombligo. Estamos comparando nuestro crecimiento con el crecimiento nuestro del año pasado en lugar de compararlo con el de otras partes del mundo. Entonces, si observas el crecimiento de América Latina en los últimos cuatro años, está bien. Hemos crecido un promedio de 4 por ciento, 4.5 por ciento. Eso está muy bueno, pero si lo comparas con el resto del mundo, donde el promedio es de 6, 7, 8, 9 por ciento, el mundo en desarrollo, no está tan bien. Incluso, si miras República Dominicana, el año pasado creció un 9 por ciento. Y está muy bien. Pero si lo comparas con el hecho de que China viene creciendo a esos niveles desde hace 30 años ya no está tan bien. Tienes que empezar a medir el desempeño respecto de lo que están haciendo tus competidores en todo el mundo.

Hoy día vivimos en un mundo donde todos somos amigos y todos somos competidores. *Usted escribe sobre la realidad latinoamericana en sentido general y sus problemas más importantes.*

En el caso de República Dominicana, ¿cómo la visualiza en el momento presente y de cara al futuro desde el punto de vista de la competitividad? ¿Es un país atractivo o poco atractivo?

Puede ser un país sumamente atractivo y con un enorme potencial. Lo veo bien encaminado porque creo que tiene una concepción bastante pragmática del mundo moderno y un entendimiento de que no puede seguir siendo exclusivamente un país productor de materias primas. Tiene que modernizarse, tiene que vender cada vez más productos con valor agregado, convertirse en un centro de servicios, de comunicación, de tecnología. En ese sentido lo veo con buenas ideas, pero con una enorme necesidad de conseguir un mayor consenso social en torno a estas políticas. Lo que permitió que Chile redujera su pobreza a la mitad no fue el hecho de que algún gobierno, como el de Pinochet, por ejemplo, empezara con políticas económicas que después resultaron buenas. El mérito de Chile fue una izquierda responsable que dio continuidad a políticas que estaban funcionando y que funcionaron en casi todo el mundo. Y lo mismo está pasando en Brasil. Creo que lo importante es que ningún partido ni ningún presidente se adueñe de la agenda del progreso, y que esa agenda del progreso se extienda a toda la sociedad para que haya un consenso social básico que no sea propiedad de ningún partido. Los países que avanzan y que reducen la pobreza son los países que están abriéndose al mundo y atrayendo capitales. El resto es cuento chino. *En el caso dominicano, y en caso también de algunos países centroamericanos que ya ratificaron el DR-CAFTA,*

¿Qué impresión tiene Oppenheimer? ¿Los países tendrán la capacidad de ser competitivos dentro de ese tratado?

El libre comercio es una muy buena herramienta para abrirte mercados, pero no es garantía de nada, porque el libre comercio por sí solo, si no viene acompañado de competitividad, no te lleva a ningún lado. Puedes firmar un hermoso documento con Estados Unidos que ermita un acceso privilegiado de tus productos al mercado más grande del mundo, pero después, cuando tienes ese documento, si no puedes producir corbatas, camisas, máquinas fotográficas o lo que sea de buena calidad, a precio competitivo y que te permita venderlas, no vas a lograr nada. Entonces, es un buen comienzo, pero sólo es apenas eso. Si no viene acompañado de una mayor competitividad servirá para nada.

¿Y cómo se logra esa competitividad? De muchas maneras, pero principalmente mejorando la educación, teniendo una clase trabajadora cada vez más sofisticada que produzca bienes de cada vez más valor agregado, creando un clima de inversiones que haga que cada vez más inversionistas vengan, reduciendo la inseguridad, el crimen y la corrupción con una justicia cada vez más fuerte. Todo eso te lleva a atraer inversiones y a lograr lo que tiene que ser el principal norte del país, que es reducir la pobreza.

El concepto de economía del conocimiento es recurrente en sus escritos. ¿Hasta qué punto Latinoamérica se mantiene atada a una economía de materias primas?

Totalmente. Es una de las graves tragedias de América Latina. Por eso son risibles las cosas de las que habla la vieja izquierda latinoamericana cuando se habla de las materias primas. Las materias primas representan cada vez menos en la economía mundial. De una taza de café que compras en Estados Unidos, sólo el 4 por ciento de esa taza de café, del valor de ese café, va al productor de café en Colombia, en Brasil o en Costa Rica. De una cajita de cereales que compras en Estados Unidos, sólo el 4 por ciento del valor de esa cajita va al productor de maíz. El 96 por ciento va al procesamiento, la ingeniería genética del maíz, el management, el marketing, la distribución, todo lo que hace el servicio y la economía de conocimiento. Sin embargo, en la mayoría de nuestros países entre el 75 y el 80 por ciento de las exportaciones son materias primas. Entonces ahí tenemos un problema.

LOS DESAFIOS PARA LATINOAMERICA

Durante los últimos años, la inversión extranjera directa (IED) y las exportaciones han constituido dos piedras angulares en el proceso de globalización, según plantean los especialistas en competitividad Michael Mortimore, Sebastián Vergara y Jorge Katz, en el libro “La competitividad internacional y el desarrollo nacional: implicancias para la política de Inversión Extranjera Directa (IED) en América Latina”.

Los expertos sostienen que la creciente integración mundial ha otorgado un gran impulso a los flujos de IED y, por ende, a la presencia de las empresas transnacionales en la economía. Los patrones comerciales han representado una gran oportunidad para los países en desarrollo, y en particular para materializar exportaciones de manufacturas no basadas en recursos naturales.

Plantean que el comercio internacional en los últimos años se ha ido focalizando en las exportaciones de manufacturas, y de manera especial en aquellas con mediano y alto contenido tecnológico.

“Si bien la política nacional no puede modificar la dinámica del proceso de globalización, sigue siendo un instrumento relevante, a través del vínculo entre IED y exportaciones para mejorar la inserción internacional de los países”.

Desde el punto de vista de los estudiosos, a pesar de la oportunidad que ha significado la exportación de manufacturas, son relativamente pocos los países que la han aprovechado. Atribuyen las causas a las inclusiones de los países en los Sistemas Internacionales de Producción Integrada (SIPIs).

Las experiencias de América Latina y el Caribe, comparado con Asia, son completamente divergentes. En las naciones asiáticas el comercio se ha constituido en motor de crecimiento económico y la IED ha involucrado un intensivo proceso de industrialización, su proyección externa en la forma de exportaciones de manufacturas y el fortalecimiento de la competitividad.

Mortimore, Sebastián Vergara y Jorge Katz indican que América Latina, en cambio, no ha registrado un desempeño alentador tanto en lo que se refiere a crecimiento económico como a la profundización del proceso de industrialización y el progreso de las exportaciones con contenido tecnológico.

“México, debido a un sustantivo fortalecimiento de su competitividad, es la única excepción. A partir del análisis de experiencias de los países que más han elevado la competitividad internacional es posible sacar significativas conclusiones de políticas, y en particular en torno al vínculo existente entre la IED asociada a SIPIs de las empresas transnacionales y los flujos comerciales asociados”.

Aseveran que una estrategia que incentive el fortalecimiento de la competitividad en América Latina pasa por plasmar una política proactiva, tanto en términos de definir objetivos nacionales como de implementar políticas específicas para alcanzarlos.

“Si bien la apertura, la liberalización comercial, la desregulación de los mercados y las privatizaciones son condiciones necesarias para la atracción de IED, la experiencia de la región demuestra que no son suficientes. La política económica debe avanzar hacia la atracción y canalización de IED, de acuerdo con los objetivos prioritarios”, arguyen.

Asimismo, consideran que la política económica debe apuntar también al fortalecimiento de las cadenas de suministros, los recursos humanos, la tecnología y las actividades de I&D, para incentivar la profundización de las actividades de las empresas transnacionales y mayores encadenamientos con las economías locales.

“Costa Rica es el primer país de América Latina que avanza hacia una política proactiva en torno a la IED”, puntualizan.